

Prípyat

*“Liquidadores”,
una palabra inventada para la batalla de Chernobyl.
Su misión: limpiar o liquidar la radioactividad.*

Documental “El desastre de Chernobyl”
Discovery Networks International

Desde la habitación, Natalia oye trastear a la abuela, hecha un mar de lágrimas, mientras su marido empieza a recoger los bártulos para cargarlos en el coche. Les ha preparado una torta de miel, además de fruta, té, algo de tocino y pan negro para el camino. Frente al espejo, Natalia se maquilla las cicatrices que aún le afean el rostro. Incluso las temporadas que le toca pasar en el hospital, porque no puede respirar, se las cubre con la mezcla que prepara desde el accidente, a base de leche condensada, café soluble y leche en polvo como espesante. Conserva la pasta en el frigorífico y la usa durante varios días para ocultar las marcas, demasiado visibles, a las que no se resigna por mucho que haya pasado el tiempo o haya cumplido ya los cincuenta.

Después de tenerlo todo listo, Vitali le ha dado un abrazo a la abuela y se ha metido en el coche a esperar a Natalia, que aún ha tardado un poco en entrar. No se han dicho una palabra hasta alcanzar la carretera principal, como si permanecer en el sendero les privara de hablar. Ha sido luego, al tomar la vía asfaltada, cuando Natalia le ha preguntado:

—¿Has conseguido ir al lavabo?

Él ha negado con la cabeza y ella ha resoplado.

Antes de llegar a Brahín, el coche ha empezado a calentarse. Vitali ha torcido el gesto y ha parado en la gasolinera. Después de repostar, ha mirado el coche con preocupación mientras se rascaba la barbilla y daba vueltas a su alrededor. De vez en cuando, echaba un paso atrás para tomar perspectiva.

—No creo que aguante mucho —ha comentado con cierta resignación.

Natalia recuerda la época en que lo compraron, cuando aún tenía ilusión por la vida y la abrazaba por las noches. Luego, Vitali ha abierto el capó para comprobar el nivel de agua del circuito y ha sacado una garrafa del maletero con la que ha llenado el pequeño depósito. Al terminar le ha mostrado las manos ennegrecidas y se ha dirigido a los lavabos. Ella lo ve entonces alejarse del lugar y aprecia el aspecto pesado y derrotado de su caminar, una imagen familiar, demasiado próxima, tan detestable como la primera vez que la percibió, pese haber transcurrido ya más de veinte años. Al perderlo de vista, insiste en llamar a Ysha por enésima vez, con el mismo resultado, ninguno, y luego mitiga la angustia dando pasos inútiles alrededor del vehículo en los más de quince minutos que transcurren sin que Vitali regrese. Cuando ya corrían casi veinticinco, se ha acercado hasta la puerta del baño.

—Ya voy —le ha dicho él, con un jadeo de fondo que connotaba esfuerzo.

Ella regresa al coche y vuelve a llamar a Ysha. Al rato llega Vitali, que niega con el mentón ante la mirada interrogante de su mujer.

—Ya van seis días —le dice ella y él se encoge de hombros.

La primera vez estuvo más de veinte sin poder evacuar, hasta que se le produjo la infección que casi lo mata.

—¿Te has tomado las pastillas?

Él asiente con la cabeza por toda respuesta y continua con el gesto serio, agrio también, absorto con alguna preocupación que no ha querido contarle. Se ponen en marcha sin decir una palabra y, de repente, cuando ya habían recorrido diez o doce kilómetros, se lo ha soltado a botepronto:

—Quiero ir a Prípyat.

—¿A Prípyat?

Si ni siquiera habían vuelto para el acto conmemorativo del décimo aniversario. Natalia no se habría opuesto entonces, ¿pero ahora, después de haber perdido a Ana, qué sentido tiene? A su mente asoman imágenes inequívocas del día de la explosión, de la columna de luz multicolor, brillante, perturbadora, hipnótica, que ascendía desde el reactor y perforaba el cielo en la noche serena, un torrente visible desde el balcón de casa, a tan sólo cinco kilómetros, un espectáculo desconcertante. Poco a poco se adentran en la zona de exclusión por la carretera que los llevará hasta la ciudad en la que vivieron; y a un

kilómetro escaso se encuentran el primer control. Con que era eso, ¿habías planificado venir aquí, verdad, por eso dejaste a Ysha en casa?, piensa sin decirle nada, tan solo guarda silencio, arrastrada por la antigua carretera, casi desierta, abandonada: el asfalto cuarteado, arbustos en medio del camino, ya sin las marcas que una vez delimitaron la mediana y los arcones, en su totalidad invadidos por la mala hierba a un lado y al otro. Vitali conduce despacio, pendiente del lugar, como si tratara de reconocerlo tras tanto tiempo, o ¿acaso él ya ha vuelto antes? A diez kilómetros del centro de la ciudad se han encontrado con el segundo control de acceso, este ya sí, dotado de una pequeña garita de la que ha salido un soldado en cuanto han detenido el vehículo frente a la barrera roja y blanca que les impide el paso.

—¿Autorización?

Vitali le muestra un documento junto a la medalla de liquidador que siempre lleva con él. El vigilante se echa atrás tras un saludo marcial y les pide que esperen un segundo. Poco después regresa para hacerlos bajar del coche e inspeccionar su indumentaria. Les entrega un panfleto en el que se indican las precauciones que deben tomar al visitar la zona: no tocar ninguna estructura o vegetal, no llevarse nada de recuerdo, usar pantalones y zapatos cerrados de suela gruesa, y no apoyar el equipo fotográfico en el suelo o en superficie alguna. Después de levantar la barrera, a Natalia se le hace un nudo punzante en la garganta. Sabe que pasarán al lado de la central nuclear, en la que su marido trabajó hasta la misma tarde del accidente. Aquella noche, le había preparado la cena, que se tomó sin mucho apetito, como era habitual, y luego se puso a ver un rato las noticias; se fumó dos o tres cigarros y un poco antes de las doce se fueron a dormir. Fue Natalia la que se despertó una hora después sobresaltada por la sacudida amortiguada que sintió bajo la cama, o puede que fuera por el estruendo acallado que consiguió llegar a través de los cristales; el caso es que se levantó. ¿Qué ocurría? ¿Qué había sido eso?

Se puso la chaqueta por encima de la bata y salió al balcón. Había más gente asomada contemplando con curiosidad el espectáculo, indiferentes a la lluvia seca y picajosa que caía del cielo. Los recuerdos le afloran a medida que se adentran con el vehículo por la carretera casi desconocida después de tanto tiempo. En unos minutos, sobrepasan las vías de la estación de Yanov. Vitali detiene el coche en mitad del puente y se baja del vehículo, absorto por la vivencia. Natalia lo sigue mientras el viento le azota en la cara; no le había parecido que soplara con tanta fuerza desde dentro, así que saca el pañuelo del bolsillo y se lo anuda en la cabeza para protegerse de las ráfagas, cada vez más frías. Desde la barandilla

del puente contempla los vagones que jamás han vuelto a ponerse en marcha, oxidados y sin cristales, devorados por la maleza. En el horizonte, después de alzar la vista y casi sin querer mirar, como a un kilómetro y medio, distingue con total nitidez la torre del reactor cuatro, la que limpió un día sí y otro también, sin saber que estaba embarazada, en periodos de escasos minutos para que la radiación no la matase al instante. ¿Por qué no se fue, como los demás, tal como le insistía Vitali? ¿Por qué prefirió estar al lado de su marido en aquella lucha infernal?

Cuando llegan a la zona residencial de la ciudad, se da cuenta de la tragedia: los grandes chopos engullen los enormes bloques de pisos, inmensos e irreverentes. En las que en otro tiempo fueron solemnes avenidas ajardinadas, la maleza, presente como una erupción incontenible, le ha ganado la partida al cemento y al alquitrán, tan sólo ha quedado a salvo la sede del Partido, con la vigorosa insignia en la cumbre, afortunada por haber sido construida en un enclave estratégico. Vitali vuelve a detener el coche en la calle desierta, por la que no pasará nadie, y ambos se apean con sigilo. El viento sopla con menos fuerza al abrigo de los edificios y Natalia se libera del pañuelo que aún llevaba anudado. El canto de los pájaros junto a la ligera brisa que agita las hojas de los colosos álamos los reciben con insólita cordialidad. Enmascarado tras el húmedo aroma boscoso, Natalia distingue de inmediato la irritante pestilencia del óxido, cada vez más presente según se aproximan a la entrada del antiguo centro comercial. Un segundo más tarde, ya dentro de la nave casi destruida, se dan de bruces con las columnas indemnes ante los restos del naufragio: carros de supermercado volcados, amontonados unos sobre otros, antiguas cajas registradoras, las grandes neveras en las que se almacenaban los congelados, sillas y restos de mesas mezcladas con cascotes procedentes de las paredes deshechas por la radioactividad. El tiempo compactado en una escena. Tan concentrada está que un crujido salido de entre un amasijo de hierros y muebles indescifrables la sobresaltan: algo se ha movido en su interior. Se aleja unos pasos en busca de Vitali, que había vuelto a salir, como si ya hubiera tenido suficiente o le urgiera seguir explorando. Se queda a la expectativa y ve entonces a un gato aparecer de entre los escombros, ajeno a los recién llegados. Tras elevar la cola, se esfuma por el lado opuesto al que han entrado. Natalia sale entonces empujada por una reacción de grima y a cada paso que da los ojos se le vuelven más y más grandes, como si no pudiera reconocer lo que en otro tiempo le fue tan próximo.

Un poco más adelante, llegan al polideportivo, con su gran mural a todo color, todavía entero en una gran proporción, distintivo de la primera planta, para luego asistir atónita al espectáculo dantesco de los grandes ventanales hechos añicos sobre la pista, las